



El desarrollo: un camino de transiciones y oportunidades

Durante más de sesenta años, América Latina ha vivido —gozado y sufrido— los avatares del pensamiento y la práctica del “desarrollo”. Hoy en día, sigue siendo un imaginario potente, tanto para el Estado como para muchas comunidades y organizaciones no gubernamentales (ONG), y, por supuesto, para la academia. Este número de la revista acertadamente identifica la tríada “Políticas, democracias e ideas de desarrollo” como un nexo fundamental en el análisis del desarrollo en Colombia. A través de sus páginas, los diversos artículos vinculan y buscan responder, desde distintos puntos de vista, múltiples interrogantes sugeridos por las intersecciones entre estas tres categorías: ¿cuál es la relación entre democracia y desarrollo? ¿Qué tipo de práctica política es apropiada para que haya una correlación positiva entre estos dos importantes principios? ¿Es el desarrollo necesariamente un discurso de dominación, o puede ser transformado para que realmente sirva a los objetivos de la justicia social, la igualdad y la sustentabilidad de ecosistemas y culturas? ¿Cómo ha impactado “el desarrollo realmente existente” (es decir, como se ha practicado en el país durante las últimas seis décadas) a las mujeres, las minorías étnicas, el campo y el medio ambiente? Finalmente, ¿cómo podemos repensar la educación y la innovación más allá de los dispositivos puramente desarrollistas, instrumentales al capitalismo y funcionales a la globalización

neoliberal? ¿Podemos redefinirlos de tal forma que se abran a concepciones integrales que involucren las dimensiones culturales, espirituales y ecológicas del accionar de los pueblos, hasta ahora casi completamente excluidas?

Si bien para el actual gobierno debemos seguir viento en popa con el “desarrollo” en base a las llamadas “locomotoras” (metáfora anacrónica del siglo XIX), para muchas comunidades, movimientos sociales y ONG es imperativo detener las locomotoras, como la minero-energética, o al menos desacelerar su devastadora marcha. El caso de regiones como el Pacífico es un ejemplo claro de estas dos visiones contrastantes; por un lado, el Estado y la élite afrodescendiente insisten en que el Pacífico ha sido víctima del olvido y de la falta de “desarrollo”, y proponen una estrategia —ambiciosamente llamada “Todos Somos Pacífico”— que solamente replica los planes y modelos para la región que se vienen dando desde los años ochenta con resultados catastróficos (por ejemplo, la situación de Buenaventura: feminicidios, devastación ambiental en los bosques y ríos por minería y agrocombustibles, desplazamiento masivo, aumento de los cultivos ilícitos, etcétera). Para muchas comunidades y organizaciones étnico-territoriales, sin embargo, la situación del Pacífico no es el resultado de la “falta de desarrollo”, sino todo lo contrario: es el producto de un exceso de “desarrollo”. Quieren, por ende, una estrategia basada en el buen vivir para las comunidades, no otra ronda de recolonización y devastación basada en macroproyectos, la expansión de la palma o la minería a gran escala.

Como se discutiera a fondo en el Segundo Congreso Internacional “Edificar la Paz en el Siglo XXI”, copatrocinado por la Universidad de La Salle y la Fundación Carta para la Paz Dirigida a la ONU (24-26 de septiembre del 2014), queda claro que el proceso de paz representa una oportunidad histórica sin precedentes para Colombia. Para aprovechar dicha oportunidad, es necesario repensar profundamente el proyecto de país. Como lo aseveran los movimientos indígenas, campesinos y afrodescendientes del continente, lo que está en juego es el mismo modelo civilizatorio (capitalista, liberal, secular, eurocéntrico y patriarcal) que subyace, y el desarrollo

es un pilar de este modelo. Concebir la transición como proceso de largo alcance nos lleva más allá de la llamada *transición al posconflicto*. No podemos pensar el “posconflicto” con las categorías que crearon y perpetúan el conflicto. Las décadas del “desarrollo” exacerbaron la desigualdad social, la concentración de la tierra, la injusticia, la violencia, la dependencia y la destrucción ambiental. Las locomotoras del desarrollo económico y el Tratado de Libre Comercio han profundizado estas tendencias.

Dicho sucintamente, sin cambiar sustancialmente el actual concepto y modelo de desarrollo no habrá paz, y ciertamente no habrá justicia con las comunidades indígenas, campesinas y afrocolombianas ni con los pobres y las víctimas, ni con la Tierra. El proceso de paz debe pensarse como una oportunidad para iniciar la transición a un modelo diferente de nación y de vida. Es imperativo superar los modelos de desarrollo basados en el extractivismo y el crecimiento económico como única meta.

Hay alternativas, y muchos grupos las están proponiendo, tales como muchas de las manifestaciones más recientes de los movimientos indígenas, campesinos, afrodescendientes, de mujeres y de ambientalistas. En muchos países del continente, el concepto de *buen vivir* ha surgido en los últimos años como un imaginario esperanzador de alternativa al desarrollo. No se trata de un modelo más de “desarrollo”, sino de una forma otra de concebir la vida donde la economía sea un medio para consolidar la democracia, lograr la paz con justicia social y promover la sustentabilidad genuina de los pueblos y sus territorios. El buen vivir implica una verdadera transición ecológica y cultural hacia una sociedad muy diferente a la que conocemos.

Nos encontramos en un momento álgido, que dos de los exponentes más activos en los debates sobre el desarrollo —Eduardo Gudynas y Alberto Acosta— caracterizan como de renovación significativa. Resaltan que aunque el buen vivir es una oportunidad por construir, de acoger este desafío estaríamos emprendiendo el camino hacia el posdesarrollo. Enfatizan que tanto el buen vivir como los derechos de la naturaleza constituyen alternativas al desarrollo, esto es, alter-

nativas en un sentido profundo, que buscan romper con las categorías fundamentales del desarrollo, tales como el *crecimiento sin límites*, el *predominio de lo económico* y del *mercado*, del *consumo* y el *individuo*, y los criterios puramente materiales e instrumentales de la acción social. Apelan a otras imágenes, metas y prácticas más acordes con la justicia, el bienestar de todas y todos y del planeta. Lo que queda claro es que para estos autores, así como para muchos otros, se palpa la efervescencia conceptual, política y social en los temas del “desarrollo” y los posibles sucesores de esta idea. Este número de la revista se ubica en este espacio de investigación crítica y propositiva.

Arturo Escobar

Profesor de antropología, Universidad de Carolina del Norte, Chapel Hill, e investigador asociado, Grupo Nación/Cultura/Memoria, Universidad del Valle.